

el aula
e-nos

¿De dónde sacamos los insumos para narrar?

Síntesis escrita

Curso Comenzar a contar(Nos)

Erick Lezama

¿De dónde sacamos los insumos para narrar?



En *Los argonautas del Pacífico occidental*, el etnógrafo Bronisław Malinowski plantea que para conocer una sociedad se necesitan documentos, estadísticas, genealogías, censos que permitan construir contextos; se debe estar cerca de la gente para observar y registrar historias imponderables de su cultura; se ha de hablar su lengua; estudiar su mentalidad, su estructura social para comprender su punto de vista.

Malinowski, desde luego, se refiere al método etnográfico, pero es un camino que nos sirve de referencia cuando nos disponemos a construir una historia, porque parte esencial de ese proceso es recabar información.

Lo que tengamos entre manos va a determinar la ruta a seguir para encontrar lo que nos haga falta para contar la historia.

Hemos visto que existen distintos puntos de partida: podemos comenzar a pensar en una historia a partir de un tema, de una anécdota o de un personaje. Y como si se tratara de despejar matemáticamente una ecuación, lo que tengamos entre manos va a determinar la ruta a seguir para encontrar lo que nos haga falta para contarla. Porque **nunca podemos sentarnos a escribir una historia sin habernos apropiado de esas tres variables: tema, anécdota y personaje, todo lo cual vamos a tratar desde nuestra mirada personal.** “Reporteo, mirada y escritura están

interconectados entre sí. No se puede ver el uno sin la otra”, dice la periodista argentina Leila Guerriero.

En su libro *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*, el maestro colombiano Juan José Hoyos vuelve a comparar este proceso con el que sigue un etnógrafo. “La labor del etnógrafo, como la del periodista, consiste en observar la realidad de modo profundo y total, y en muchos casos su objetivo final es la escritura. A los antropólogos, al igual que a profesionales de otras disciplinas sociales, el mero ensayo monográfico no les permitió plasmar toda la materia que ellos buscaban abarcar: el hombre y su entorno. O sea, el hombre frente al mundo que lo rodea y frente a las demás especies, incluida la propia. Por eso han acudido a nuevas formas narrativas emparentadas con el reportaje y con la llamada novela de no ficción”.

*A la fase de investigar los periodistas narradores le llamamos **reportería para narrar.***

A la fase de investigar (el momento de la búsqueda de datos, de acopio de información necesaria) los periodistas narradores le llamamos **reportería para narrar**. En otras áreas de las ciencias sociales, como la antropología y la sociología, le llaman **trabajo de campo**. Porque ir al encuentro con los otros es fundamental; **no es posible acometer una historia sin explorar, sin indagar, sin preguntar, sin repreguntar**. Incluso es algo que, como veremos más adelante, necesitamos cuando nos disponemos a desarrollar relatos testimoniales, cuya fuente principal se supone que somos nosotros mismos.

¿Cómo hacerlo?

Cada historia es única, pero hay algunas claves.

La reportería para narrar suele iniciar con una **indagación preliminar**. Un documentalista diría que es una **fase de preproducción**.

Si tenemos un tema, es el momento de leer todo lo que podamos sobre el mismo: textos periodísticos, artículos especializados, libros, ensayos, informes de ONG, estadísticas, la historia de ese tema y hasta poemas. Veamos películas y documentales. Escuchemos canciones. Hablemos con especialistas, con expertos, con activistas, con ONG. Tomemos notas sobre los datos que vamos encontrando: ¿qué nos sorprende?, ¿qué nos llama la atención?, ¿por qué? En esta fase es válido, más bien necesario, hacerse preguntas: ¿qué queremos contar de este tema?, ¿qué aspiro con este trabajo?, ¿por qué lo estoy haciendo? Eso nos ayudará a afinar la mirada, nos dará pistas sobre el perfil del personaje que necesitamos y nos guiará a encontrarlo.

La indagación sobre nuestra historia y el contexto en que se produce es fundamental.

Desde luego que no todos los casos requieren una investigación tan profunda. Eso depende de la historia. Algunas requerirán más indagación que otras. Pero **una buena preproducción evitará que vayamos al campo a ciegas, nos permitirá ser asertivos cuando lleguemos ante los personajes, e ir construyendo una voz autorizada**.

El periodista colombiano Alberto Salcedo Ramos explica, en su artículo “La crónica, el rostro humano de la noticia”, la importancia de esta fase: “Lo ideal es que saques un poco de tiempo para documentarte previamente, bien sea a través de publicaciones — escritas o audiovisuales— o a través de personas que conozcan a fondo la materia que vas a tratar. De esa manera acumulas conocimientos que te permiten explorar mejor a tus personajes y desenvolvete en el entorno que les tocó en suerte (...). Planear tu

historia antes de afrontar el trabajo de campo no implica que vayas con criterios preconcebidos e inmóviles, sino que orientes tus pesquisas, prepares mejor tus preguntas, sepas por dónde moverte y a quiénes buscar”.

Esto último es clave: no se trata de hacernos prejuicios o ideas fijas sobre los temas o los personajes. Es probable que, en el campo, lo que creíamos de la historia cambie, se modifique parcial o totalmente, y es válido. Así es la realidad. Cuando nos acercamos vemos cosas que a la distancia es imposible advertir. De lo que se trata, como dice Salcedo Ramos, es de hacer una aproximación para comenzar a comprender el universo que pretendemos desentrañar.

Les hablé del especial que desarrollé sobre el dolor oncológico. Yo quería contar que el dolor que sienten los pacientes, como si fuera una onda expansiva, irradia a quienes están a su alrededor: todos sufren, de formas distintas, el mismo drama. A esa hipótesis, que se convirtió en mi gran foco, llegué luego de la documentación preliminar.

Se trata de hacer una aproximación para comenzar a comprender el universo que pretendemos desentrañar.

Por tal motivo, la segunda historia que escribí fue sobre una familia: los hijos de María Molina —paciente de mieloma múltiple, un tipo de cáncer en la sangre—, quienes no tenían cómo calmar el dolor que ella padecía. Y el tercer relato, que completó la serie, fue sobre una paciente: Maggela Lingstuyt, con cáncer de mama y metástasis ósea, no tenía opioides que la aliviaran. Identifiqué a esos personajes gracias a conversaciones que tuve con especialistas y con ONG. Es decir, fueron producto de la indagación inicial en la que definí qué era lo que quería contar.

Esta aproximación también es necesaria cuando ya tenemos en la mira a un personaje (con una anécdota o no). ¿Qué sabemos de él? ¿Por qué exactamente nos interesa? ¿Conocemos a alguien que haya estado en contacto con él? ¿Qué nos puede decir?

A veces esa aproximación será más o menos extensa, pero siempre es posible hacerla: siempre podremos saber algo de los personajes, aunque no

Saber cosas de los personajes nos dará confianza para hablar con ellos.

los conozcamos, aunque sean anónimos. Algún rastro habrá de ellos. En estos tiempos todos vamos dejando nuestras huellas en la web. Las redes sociales, por ejemplo, son fuentes valiosas de información: las fotos que posteamos, los tuits que publicamos, nuestro currículum en LinkedIn, las fotos que tenemos en nuestro perfil de WhatsApp... son piezas de nuestro rompecabezas. Las redes son un gran almacén virtual de nuestra memoria. Saber cosas de los personajes nos dará confianza para hablar con ellos. Y para que noten que, como nos importan, hemos hecho la tarea de indagar sobre ellos, sobre lo que les ha ocurrido.

Les cuento una anécdota al respecto.

Cuando suspendieron los Juegos Olímpicos de Tokyo 2020 por la aparición de la pandemia de covid-19, pensé en el karateka venezolano Antonio Díaz. Comencé a tenerlo en la mira. Yo sabía que él nunca había podido participar en unas olimpiadas porque su deporte no era parte de este evento. Cuando por primera vez en la historia lo aceptaron, Díaz suspendió su retiro del deporte para intentar cumplir un sueño que hasta entonces había parecido imposible.

Aunque es un personaje público, conocía muy poco sobre Antonio. Leí acerca de su carrera: supe que tenía el récord Guinness por ser

el karateca con más medallas en los campeonatos mundiales; que por su edad (tenía 40 años) no podía esperar a los siguientes Juegos Olímpicos, que se llevarían a cabo en París en 2024; que le había costado mucho trabajo hacerse con un cupo para competir en Japón. Revisé sus redes sociales y leí mensajes como este: “Aún no sabemos cuándo ni dónde, pero aunque casi todo cambie desde ahora, el deporte volverá a unir al mundo en emociones, fraternidad y respeto”. Y al pie de una foto con su pequeño hijo, escribió: “En esta cuarentena tengo un nuevo entrenador”.

Los elementos que encontraba iban detonando preguntas sobre ese ser humano que, por la llegada de la pandemia, veía desvanecer una meta que por fin estaba a punto de alcanzar. Todo me iba revelando una historia que estaba allí, a la espera de que alguien la contara. Entonces compartí mis impresiones con la periodista Valeria Pedicini, quien lo entrevistó durante largas horas y escribió el relato “El Karate le ha enseñado a ser paciente”, que publicamos en **La Vida de Nos**. En mi rol de editor, como fue en este caso, saber más de Antonio Díaz fue fundamental para determinar la anécdota y el enfoque que ofrecerían un costado singular de un personaje conocido.

DESARROLLADO POR:

la
vida
de
nos

El Aula e-nos

www.lavidadenos.com

lavidadenos@gmail.com

@lavidadenos

Este documento tiene fines formativos. No puede ser reproducido ni distribuido, total o parcialmente, ni con fines comerciales, sin el consentimiento de su propietario.